

La Misa y la muerte

*Escrito del Padre Reginald Garrigou-Lagrange,
en LA VIE SPIRITUELLE, n° 194, de noviembre de 1935*

Se puede profundizar la doctrina católica del Sacrificio de la Misa de manera abstracta y especulativa, pero también puede profundizarse de manera concreta y viva, uniéndose personalmente a la oblación del Salvador, y más especialmente ofreciendo de antemano el sacrificio de la propia vida, para obtener la gracia de una santa muerte.

María se asoció como nadie en este mundo al sacrificio de su Hijo, compartiendo todos sus sufrimientos. Algunos santos, especialmente los estigmatizados, como San Francisco de Asís y Santa Catalina de Siena, lograron unirse excepcionalmente a los sufrimientos y méritos del Salvador; pero, por muy profunda que fuera esta unión, era muy poca cosa en comparación con la de María. En virtud de la grandeza de su amor, en la medida de su fe y de los dones de inteligencia y sabiduría, que tenía en un grado proporcionado a su caridad, y por un conocimiento experimental muy íntimo, María entró, al pie de la Cruz, más que San Juan, más que San Pedro, más que San Pablo, en las profundidades del misterio de la Redención.

A menudo se exhorta a los moribundos a ofrecer el sacrificio de su vida, para dar a sus últimos sufrimientos un valor satisfactorio, meritorio e impetratorio. Los Sumos Pontífices, en particular San Pío X, han invitado a los fieles a ofrecer por adelantado estos sufrimientos de la última hora, para disponerse a ofrecerlos con un corazón más generoso en la hora suprema. Pero este sacrificio de nuestra vida debe hacerse en unión con el sacrificio del Salvador perpetuado sacramentalmente en la Misa, y en unión con el sacrificio de María, Mediadora y Corredentora.

Para ver claramente todo lo que debe comportar esta oblación, conviene recordar aquí los cuatro fines del sacrificio: adoración, reparación, súplica y acción de gracias.

1º Adoración.

Jesús, en la Cruz, hizo de su muerte un sacrificio de adoración. Fue el cumplimiento más perfecto del precepto del Decálogo: «Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a El servirás» (Deut. 6 13), con el que Jesús había respondido a Satanás cuando le dijo: «Todos los reinos del mundo te daré si, postrándote ante mí, me adoras».

La adoración se debe sólo a Dios, a causa de su soberana excelencia de Creador, porque sólo El es el mismo Ser eternamente subsistente, la misma Sabiduría, el mismo Amor. La adoración que le debemos ha de ser tanto exterior como interior, *«en espíritu y en verdad»*, inspirada en el amor.

Jesús ofreció a Dios una adoración de valor infinito en Getsemaní, cuando, prosternándose sobre su rostro, dijo: *«Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya»* (Mt. 26 10). Esta adoración reconocía práctica y profundamente la soberana excelencia de Dios, Señor de la vida y de la muerte. Esta adoración del Salvador se prosiguió en la Cruz, y María se asoció a ella, en la medida de su plenitud de gracia. En el momento de la crucifixión de su Hijo adoró los derechos de Dios, autor de la vida, que iba a hacer que la muerte de su Hijo inocente sirviese para reparar el pecado, por el bien eterno de las almas.

En unión con Nuestro Señor y su Santísima Madre, adoremos a Dios y digamos de todo corazón, a invitación de San Pío X: *«Señor Dios mío, desde hoy, con corazón sereno y sumiso, acepto de tu mano la clase de muerte que quieras enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores»*.

Quien una vez en su vida, en el día elegido, rece este acto de resignación después de haber confesado y comulgado, obtiene una indulgencia plenaria que se le aplicará, según la pureza de su conciencia, en la hora de la muerte. Pero muy provechoso nos será reiterar cada día este sacrificio, para prepararnos a hacer de nuestra muerte, en el último momento, en unión con el sacrificio de Cristo perpetuado en el altar, un sacrificio de adoración, pensando en el dominio soberano de Dios, en la Majestad y Bondad de Aquel «que mortifica y da la vida, que lleva a los infiernos y trae de vuelta» (Deut. 32 39; Tob. 13 2; Sab., 16 13). Esta adoración a Dios, Señor de la vida y de la muerte, ¿hay mejor manera de hacerla que uniéndose así cada día al sacrificio de adoración del Salvador?

Seamos desde ahora *adoradores en espíritu y en verdad*, y que esta adoración sea tan sincera y profunda, que realmente influya en nuestra vida y nos disponga a lo que deberemos tener en el corazón en el último momento.

2º Reparación.

Un segundo fin del sacrificio es la reparación de la ofensa hecha a Dios por el pecado, pagando la pena debida al pecado. Debemos hacer de nuestra muerte un sacrificio propiciatorio; nuestra adoración debe ser cabalmente reparadora.

Nuestro Señor satisfizo sobreabundantemente por nuestras faltas, porque, al ofrecer su vida por nosotros, realizó *un acto de amor que agradó a Dios más de lo que pudieron desagradarle todos los pecados juntos* (IIIª, q. 48, a. 2). Su caridad fue mucho mayor que la malicia de sus verdugos, por el valor infinito que recibía de la persona del Verbo.

El satisfizo por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo Místico. Pero el sacrificio del Salvador no anula el nuestro, sino que lo incita y le da todo su

valor. María nos dio el ejemplo, uniéndose a los sufrimientos de su Hijo; Ella satisfizo así por nosotros, hasta el punto de merecer el título de Corredentora.

Ella aceptó el martirio de su Hijo querido y legítimamente adorado, a quien amaba con el corazón más tierno, desde que lo concibió virginalmente. Más heroica aún que el patriarca Abraham dispuesto a inmolar a su hijo Isaac, María, ofreciendo a su Hijo por nuestra salvación, lo vio realmente morir en los más atroces sufrimientos físicos y morales. No hubo ángel que viniera entonces a detener la inmolación, y decir a María, como al patriarca: «Ahora sé que no me has negado a tu hijo, a tu unigénito» (Gen. 22 12). María vio realizado efectiva y plenamente el sacrificio de reparación de Jesús, del cual el de Isaac era sólo una figura. La caridad de la Virgen superó incomparablemente a la del Patriarca, y en Ella, más que en Abraham, se realizaron las palabras que entonces le dijo Dios: «Por no haberme negado a tu Hijo, a tu Unigénito, te bendeciré y te daré una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo» (Gen. 22 17).

Ahora bien, como el sacrificio de Jesús y de María fue un sacrificio de propiación por el pecado, también el sacrificio de nuestra vida ha de ser una reparación por todas nuestras culpas, pidiendo desde ahora que nuestros últimos momentos tengan un valor meritorio y expiatorio. Sintámonos dichosos de pagar esta deuda a la justicia divina para que el orden se restablezca plenamente en nosotros. Y si, en este espíritu, nos unimos íntimamente a la oblación del Corazón de Cristo, que se perpetúa en las Misas que se celebran todos los días, obtendremos la gracia de unirnos a ella en el último momento. Y cuanto más íntima se haga esta unión de amor con Cristo Jesús, más se acortará la satisfacción del Purgatorio, pudiendo aun recibir la gracia de pasar nuestro Purgatorio en la tierra, mereciendo y creciendo en el amor, en vez de hacerlo sin mérito después de la muerte.

3º Súplica.

El moribundo no sólo debe hacer de su muerte un sacrificio de adoración y de reparación, sino también un sacrificio impetratorio o de súplica, en unión con Nuestro Señor y con María.

San Pablo escribe que «Jesús, habiendo ofrecido plegarias y súplicas con gran clamor y lágrimas..., fue oído en vista de su reverencia..., y vino a ser causa de salvación para todos los que le obedecen» (Heb. 5 7). Recordemos la oración sacerdotal de Cristo después de la última Cena y antes del sacrificio de la Cruz: Jesús rogó entonces por sus Apóstoles y por nosotros, y «siempre vivo, nunca cesa de interceder por nosotros» (Heb. 7 25), especialmente en el Sacrificio de la Misa, en la que es Sacerdote principal. Jesús, que rogó por sus verdugos, ruega por los moribundos que se encomiendan a El. Con El intercede la Virgen María, que se acuerda de lo que tantas veces le hemos pedido: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte».

El moribundo debe unirse a las Misas que se celebran en este momento cerca o lejos de él, y pedir, por medio de la gran oración de Cristo que se prosigue en ellas, la gracia de los elegidos, la gracia de las gracias, la gracia de una buena muerte o de la perseverancia final. Mas no ha de pedirla sólo para sí mismo, sino para todos los que agonizan en ese mismo momento.

A fin de disponernos desde ahora a hacer este acto de súplica en la última hora, roguemos a menudo, cuando asistimos a Misa, por los que van a morir durante el día, y, según la recomendación del Papa Benedicto XV, hagamos celebrar algunas misas por aquellos de nuestros parientes y amigos cuya salvación nos inquieta, para obtenerles la última gracia, y por aquellos a los que podríamos haber escandalizado y alejado del camino de Dios.

4º Acción de gracias.

Finalmente, debemos hacer de nuestra muerte, en unión con Nuestro Señor y con María, un sacrificio de acción de gracias por todos los beneficios recibidos desde el bautismo, pensando en tantas absoluciones y comuniones que nos han guardado en el camino de la salvación o devuelto a él.

Jesús hizo de su muerte un sacrificio de acción de gracias, cuando dijo: *«Todo está consumado»* (Jn. 19 30). María pronunció con Él este *«Consummatum est»*. Y esta forma de oración, que se prolonga en la Misa, no cesará, aun después de la última Misa celebrada en esta tierra; pues cuando ya no haya sacrificio propiamente dicho, perdurará su consumación, y en ella la acción de gracias de los elegidos que, unidos al Salvador y a María, cantarán el *Sanctus* con los Angeles y glorificarán a Dios dándole gracias.

Esta acción de gracias está admirablemente expresada por las palabras del ritual que el sacerdote dice junto al lecho de los moribundos, después de haberles dado la última absolución y el santo Viático:

«Sal de este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo del Dios viviente, que padeció por ti; en nombre de la gloriosa y santa Madre de Dios, la Virgen María; en nombre del bienaventurado José, su Esposo predestinado; en nombre de los ángeles y de los arcángeles; en nombre de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires; en nombre de todos los santos y santas de Dios. Que hoy tu morada sea en la paz y en la Jerusalén celestial, por Jesucristo Nuestro Señor».

Repitamos a menudo, para darle todo su valor, el acto indulenciado por San Pío X, y pidamos a María la gracia de hacer de nuestra muerte un sacrificio de adoración, reparación, súplica y acción de gracias. Cuando asistamos a los moribundos, exhortémoslos a unirse a las Misas que se celebran entonces. Hagámoslo también nosotros desde ahora, renovándolo a menudo cada día como si fuera el último, a fin de disponernos a hacerlo bien en el momento supremo, para que nuestra muerte se vea como transfigurada. Invocaremos entonces al Salvador y a su Santísima Madre para que reciban nuestras almas y les concedan la última de las gracias que asegurará definitivamente nuestra salvación, por un último acto de fe, confianza y amor.